

pero nunca se estrecharon sus manos ni sus labios se juntaron en un casto beso. Cuando María, deshecho su hogar en Kingston por la muerte de su madre, debía venir al valle del Cauca a residir al lado de su tío, la fatalidad de un golpe estulto derribó el palacio de las fantasías de Efraín, y la ruina de los negocios del padre de Jorge impidió que la doncella jamaicana, prima del poeta, realizase su viaje al Cauca".

Una de las teorías literarias y biológicas más fácilmente averiguadas es la de que hay extenso valor autobiográfico en las obras de arte, novela o poema, drama o leyenda. Pero la misma naturaleza del arte, especialmente si pensamos en el romántico, supone una idealización de los asuntos y de las figuras. Por tal, en la novela de Jorge Isaacs, continuaremos creyendo en María, ya fuese su prima entrañable o ya confluyesen en el personaje ideal los rasgos soñados y las experiencias sentidas y lo que el poeta hubiera querido de perfección y fidelidad para su amada del espíritu. ¿Fue María la doncella de Kingston vista por él en fotografías? ¿Pudo, en realidad, acariciar sus "hombros de porcelana sonrosada" y entretener con ella el diálogo amoroso de las ondinas? ¿Se la arrebató la muerte o una diversa fortuna torció el camino que se complacía en labrar para ella con toda la floresta del valle? ¿Pudo ser la esposa de otro o la dama bogotana que, reclusándose en un retiro monjil, vino a morir, como ha referido una leyenda, en nuestro frígido Machachi?

Pero María, vitalizada en el libro, es y será la de Isaacs y el lector de mañana ha de verla siempre en su romántico avanzar, con un clavel rojo entre los labios, efímera y durable.

Después

¿Estará envejecido el libro del poeta cuyo centenario abriga la tarde abriliana de este recordatorio? La pregunta inane ha de quebrarse de seguro, pues que ya sabemos del destino secular por el cual se han salvado las obras humanas, para ofrecerse en otros tiempos, vivas como en el primer día.

Habría que leer, en justificación de su perennidad, el testimonio de aquel sapiente viejo juvenil que se llamó don Miguel de Unamuno, en el párrafo de una carta dirigida a Cornelio Hispano: "Teniendo ya 59 años—dice el entonces exilado de Hendaya—, leí por primera vez a *María* de Isaacs, en un ejemplar que mi hijo había regalado a su María cuando eran novios. Si la hubiera leído a mis quince años, no me habría calado tan hondo. En rigor yo no he tenido mocedad, sino niñez. Voy pasando de mi primera ancianidad a mi segunda infancia. Y así siento la eternidad del amor. Eternidad no como envolvente de pasado, presente y porvenir, sino como siempre presente abismático. Y ahora un desahogo lírico: amor viejo no envejece—siempre niño, sobre edad—nació entero, así aparece—su vida es eternidad—. Es ciego, mas su ceguera—ve en tinieblas, más allá—y sin deslumbrarse espera—que el alba le llevará.—Amor viejo es niño eterno—flor de flores, lealtad,—no se agosta, que es de invierno

—diciembre, natividad—. Y sigo ahora. Es que a mi amor, niño viejo, no le sopló la muerte, muerte de un sueño encarnado; no me trajo la juventud, como a Isaacs, que escribía su poema cuando yo nacía en 1864. Es decir, sigo naciendo. Y nací también, como otras veces, cuando en casa de mi María, la de mi hijo, leí esa que usted llama "Biblia de los quince años". La sorbí como Efraín el agua fresca y clara de las manos de María".

Artistas colombianos pretendieron una vez llevar la novela a la movilidad cinematográfica, habiéndose perdido su valor introspectivo y la viveza del paisaje y para entonces alguno quiso reparar en su vida de pretérito y en el anacronismo que toda evocación representa en nuestro siglo vertiginoso. Pero aun cuando escribamos para el futuro, hemos de sospechar que en un mañana más tardío nuestras páginas tendrán, por fuerza, la resonancia evocadora, digna de la reviviscencia, sólo si ellas supieron cumplir con su dictado humano. Y la frase diariana, "¿quién que es no es romántico?", dirá de lo que estos libros sentimentales tienen de afín con el alma colectiva.

¿Será verdad que ya no es posible abrir el libro de Isaacs, por cuanto la mayor parte de los hombres de ahora están aprendiendo a defenderse, en la dispersión o en la misantropía, de la enemiga sonriente a quien ya no se le puede llamar con la frase del poeta: "¡María, María! Cuánto te amé, cuánto te amara!"? Quede temblando la sustentación insolitiva aun cuando el tema de alguna novela futurista, nos diga de un idilio en sacudimiento de shimy, de una luna de miel en avión y de un divorcio firmado apenas la pareja abandonó el monoplano, parabolizador de un vértigo en los espacios y raudos, luego, en la caída de la hoja seca. Puede que así sea. Pero María se queda coronada de azucenas.

(De "Repertorio Americano". San José, Costa Rica).

Un Monstruo Musical

P O R D E E M S T A Y L O R

ESTABA hecho como para inspirar curiosidad. Era un hombrecillo desproporcionado, enfermizo, con una cabeza demasiado grande para su cuerpo. Sus nervios andaban mal; tanto, que no podía él soportar sobre su epidermis ninguna tela que no fuese precisamente de seda. Y sus delirios de grandeza convertíanlo en un monstruo de amor propio.

Creía ser uno de los más grandes dramaturgos del mundo, uno de los más grandes pensadores, uno de los más grandes compositores—Shakespeare, Beethoven y Platón, fundidos en una sola pieza—. Era uno de los hombres más parlanchines que jamás hallan sido. Una tarde transcurrida a su lado, era, de seguro, una tarde gastada

en escuchar un largo monólogo. Conseguía, a veces, ser brillante, mas en ocasiones era rabiosamente aburrido. Y no tenía jamás sino un motivo de conversación: su propia persona.

Tenía la manía de considerarse siempre en lo justo. El menor signo de inconformidad de parte de cualquiera de sus interlocutores, así fuese sobre la mayor trivialidad, era ya motivo suficiente para arrancarle una andanada de palabras que bien podía alargarse por varias horas, discurso en el que, de tantas maneras y con tal verbosidad trataba de demostrar encontrarse en lo cierto, que su oyente, aturdido y sin la menor oportunidad para meter baza acababa siempre por mostrarse enteramente de acuerdo, con tal de que se le dejase en paz.

Teorizaba sin término sobre casi todo lo existente, ya fuese vegetarianismo, arte dramático, política o música. En apoyo de sus teorías no sólo podía escribir centenares de folletos, cartas y libros y darles publicidad—por lo general a expensas de alguien—, sino que había de sentarse a leerlos por largas horas, en voz alta, a sus parientes y amigos, y claro está, no para que se le criticase, sino para que se le aplaudiese. Cuando se ponía a tocar el piano, hacía lo como un compositor—en el peor sentido que puede darse a esta frase; lo que no era obstáculo para que tocase incluso ante los mejores pianistas de su tiempo—, claro está, su propia música. Tenía una voz de compositor, lo que no le impedía tampoco invitar a su casa a los mejores cantantes y cantar para ellos las óperas que había escrito, tomando por su cuenta todos los papeles.

Tenía la inestabilidad emotiva de un niño de 6 años de edad. Cuando se sentía azotado por una racha de mala suerte, encolerizábase y pataleaba rabioso, o se hundía en un deseo de suicidio y hablaba entonces obscuramente de terminar sus días en el Oriente, cual un monje budista. Pero diez minutos más tarde, si algo venía a complacer su ánimo, podía saltar ágil por una ventana hacia el jardín, ponerse a brincar en el sofá, o pararse de cabeza. La muerte de un perrillo faldero podía impresionarle vivamente y, sin embargo, en otras ocasiones, podía ser tan duro de entrañas, que habría hecho temblar de miedo a un emperador romano.

Era incapaz de todo sentido de responsabilidad. Nunca se le ocurrió, por ejemplo, que tenía la obligación de subvenir a su propia vida. Tenía el convencimiento de que esto les incumbía a los demás. A todos pedía dinero prestado—a hombres, mujeres, amigos o extraños—. En las cartas que escribía con estas peticiones, adoptaba un tono ampuloso, brindándole al benefactor el privilegio de venir en su ayuda y se ofendía mortalmente si el destinatario declinaba aquel honor. Yo no sé que haya pagado a nadie las deudas contraídas, a menos que haya mediado demanda.

Cuántas monedas caían en sus manos, dilapidábalas como un rajah de la India. Faltábale dinero para pagar el alquiler de la casa, pero las paredes y el cielo de su estudio tenían que estar tapizados de seda color de rosa. Nadie supo nunca—y él mucho menos que nadie—a cuánto ascendían sus deudas. Su mayor benefactor le dió

60,000 dólares para que pudiese pagar, en una sola ciudad sus deudas urgentes. Y un año después hubo de darle 16,000 dólares más en otra ciudad, para que no fuese puesto en la cárcel, por causa también de deudas.

Igual falta de escrúpulos en otros aspectos. Un interminable cortejo de mujeres vemos pasar a través de su vida. Su esposa pasó veinte años procurando olvidar las infidelidades de él. Su segunda mujer era la esposa de su mejor amigo—él la raptó—. Y, precisamente por los días en que trataba de persuadir a esta mujer para que abandonase a su marido, ocupábase ya en escribir a otro amigo pidiéndole que le informase de alguna mujer rica—*cualquier* mujer rica—con quien él pudiese contraer matrimonio para hacerse de su dinero.

La fidelidad hacia sus amigos dependía de la utilidad que le prestaran—nada más—. En cuanto fallaba ésta—así fuese por causa tan baladí como la de no aceptar una invitación suya a comer—, les echaba en olvido. Al final de su vida contaba ya solamente con un amigo de los que había hecho en otra edad. Y era genial para provocarse enemistades. Cierta personaje, en una de sus óperas, es la caricatura de uno de los más importantes críticos musicales de su época. No contento con esta burla le invitó a su casa y le leyó el libreto, en voz alta, rodeado de amigos.

¿El nombre de este monstruo?, Ricardo Wagner. De cuanto he dicho de él aquí, hállanse testimonios—en los periódicos de la época, en los reportes de policía, en el dicho de las gentes que con él trataron, en su correspondencia—y, lo más curioso y admirable, es que ninguno de estos testimonios le afecta en nada, pues siempre, si bien se mira, tenía razón este hombrecillo enfermizo, fascinador, desagradable. Era uno de los más grandes dramaturgos del mundo; un gran pensador; uno de los más estupendos genios musicales.

Cuando se pone uno a considera su obra—13 óperas y dramas musicales, 11 de las cuales siguen poniéndose en escena, y 8, que incuestionablemente cuentan entre las mejores obras maestras del mundo; cuando uno escucha esta prodigiosa obra, nos parece realmente que no fueron un precio alto las deudas y los engorros que hizo pasar a sus prójimos. Las mujeres cuyos corazones quebrantó hace ya largo tiempo que murieron; pero aquel hombre que nunca supo amar a ninguna de ellas, les ha dado, ciertamente, inmortal expresión en el poema de "Tristán e Isolda". Algunos millares de dólares de sus deudas son, ciertamente, precio insignificante para pagar la Trilogía.

Y no es que al oír su música uno se olvide de lo que fue. No es cuestión esta de olvido. Es que uno se queda maravillado al considerar que este cerebro y este cuerpecillo no se hayan deshecho ante el tormento demoníaco de la energía creadora que vivía allí dentro y que luchaba sin descanso, feroces las garras, para libertarse. El milagro está en que lo que Wagner hizo en el corto espacio de setenta años, hubiese podido ser hecho aun por un genio más grande. ¿Qué de sorprendente tiene, entonces, que Wagner no haya dispuesto de tiempo para lograr ser un hombre?